

FACTORES DE RIESGO BIOPSIKOSOCIALES IMPLICADOS EN  
LA CONDUCTA ANTISOCIAL DE LOS ADOLESCENTES

Maria Carolina Mateus

Universidad De La Sabana

Chía, Febrero 2006.

## FACTORES DE RIESGO BIOPSIICOSOCIALES IMPLICADOS EN LA CONDUCTA ANTISOCIAL DE LOS ADOLESCENTES.

### Resumen.

El presente artículo hace una revisión de los factores de riesgo biopsicosociales que se encuentran asociados a la conducta antisocial de los adolescentes. Estos factores involucran aspectos Individuales (inestabilidad emocional y temperamento), ambientales (disponibilidad de elementos violentos y exposición a la violencia), escolares (bajo rendimiento académico y relación inadecuada con pares) y familiares (estilo de crianza y relaciones entre padres e hijos), los cuales son percibidos como señales o indicadores ligados a la aparición de dicho comportamiento.

Posteriormente se establece la necesidad de plantear estrategias preventivas viables, con el fin de una posible reducción de la incidencia y prevalencia del comportamiento antisocial en adolescentes.

**Palabras Clave:** comportamiento antisocial, factores de riesgo, violencia, inestabilidad emocional, pares, padres, prevención.

### Abstract

The present article makes a revision of the factors of risk that are associated to the antisocial behavior of the adolescents. These factors involve Individual aspects (emotional instability and temperament), environmental (availability of violent elements and exhibition to the violence), scholastic (under academic yield and inadequate relation with pairs) and family aspects (style of raising and relations between parents and children), which are perceived like indicating signals or bound to the appearance of this behavior. Later the necessity settles down to raise viable preventive strategies, with the purpose of a possible reduction of the incidence and prevalence of the antisocial behavior in adolescents.

**Key words:** antisocial behavior, risk factors, violence, emotional instability, peers, parents, prevention.

## FACTORES DE RIESGO BIOPSIICOSOCIALES IMPLICADOS EN LA CONDUCTA ANTISOCIAL DE LOS ADOLESCENTES

El fenómeno de la delincuencia, la violencia y la agresión, ha llegado a ser parte de la vida cotidiana. En muchas ocasiones son los mismos adolescentes los que se encuentran involucrados en diferentes actos que comprometen la integridad física y psicológica de la población. Para citar un ejemplo, El instituto Colombiano de Bienestar Familiar (2003), reportó dentro del lapso de tiempo de 1955 a 2000, un total de 382.152 procesos en los que un menor estaba involucrado y 100.000 de estos fueron catalogados como infractores. De esta forma, Cifras de la Policía Nacional de Colombia (2004) establecen que el 95% de los menores infractores tienen entre 13 y 18 años, edades que corresponden a la adolescencia. Según esta misma fuente, la violencia se ha constituido en Colombia en el principal problema de salud pública., lo que conlleva a que por lo menos 30 mil personas mueren asesinadas cada año y la mortalidad por homicidio supere tasas de 100 por 100 mil habitantes.

El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (2003), afirma que de acuerdo a algunos reportes de los juzgados, los principales delitos que se cometen por adolescentes están asociados con acciones contra el patrimonio económico, como el hurto, la estafa, el fraude y la extorsión.

También es importante abrir la mirada hacia otras perspectivas y revisar un poco acerca de este fenómeno no solo en Colombia sino en otros contextos. En este sentido, la delincuencia juvenil se ubica en América Latina, dentro de un marco social en el que están inmersos niños y adolescentes con serios problemas de pobreza, narcotráfico, baja escolaridad, desintegración familiar entre otras. (Fondo de las Naciones Unidas para la infancia, 2003.). De igual manera, otros estudios realizados concluyen que las tasas más altas de muertes de adolescentes se

encuentran en el Salvador, Guatemala, Cuba, México y Colombia. (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia ,2003)

Teniendo en cuenta algunos de los datos y simplemente observando la perspectiva de la problemática, se consideró de total importancia realizar una revisión teórica en donde se identifiquen los factores de riesgo a nivel psicosocial que presentan los adolescentes para desarrollar ciertas conductas antisociales, esto con el fin de proporcionar información útil que ayude a controlar la problemática y a contextualizar a los estudiantes y profesionales no solo de psicología sino de otras áreas afines a esta. Para lograr este objetivo, es relevante dejar en claridad qué se entiende por adolescencia, por conducta antisocial y por factores de riesgo.

De acuerdo con Papalia y Olds (2001), la adolescencia es considerada como una etapa o transición del desarrollo entre la niñez y la edad adulta, la cual a su vez genera diferentes cambios no solo a nivel físico, sino también a nivel cognositivo y psicosocial. Así mismo, estos autores proponen que la etapa en mención empieza desde los 11 años de edad y termina a los 19 y comienzos de los 20.

De igual manera, es importante tener en cuenta que a lo largo del presente artículo se plasmará el término conducta antisocial, por lo cual es relevante aclarar el significado del mismo. De acuerdo con Kazdin (1990) este término hace referencia a una diversidad de comportamientos y actos que cuando se ejecutan violan las normas sociales y van en contra de los derechos de los demás.

De igual manera, para Robins (1999), citado por Rey (2001) estas conductas aparecen en la infancia o en la adolescencia y consisten en acciones repetitivas cuyo fin es traspasar las normas más relevantes de un grupo social determinado. Con relación a esto y analizando la problemática desde una perspectiva cognositiva conductual, es importante definir y entender este concepto a lo largo del artículo

como conductas inapropiadas que son generadas por una deficiencia y una distorsión cognoscitiva, entendiendo por esta, la forma en que los adolescentes procesan la información de forma imprecisa y malinterpretan las intenciones de los demás. (Kendall y Mc Donald, 1993, citados en Stoff, Breiling y Maser, 2002.) Sin embargo, en este proceso pueden colaborar diversos factores de riesgo que serán expuestos durante el presente artículo.

Este término a su vez se encuentra categorizado en el Manual Diagnóstico y Estadístico de los trastornos mentales (2003), como “comportamiento antisocial en la niñez o la adolescencia” y puede usarse cuando el objeto de atención clínica es un comportamiento antisocial en el niño o adolescente, el cual no se explica por la presencia de un trastorno mental. En este manual, los ejemplos incluyen actos antisociales aislados de los niños o adolescentes y no un patrón de comportamiento antisocial, idea que a la vez coincide con Kazdin (1990), quien afirma que este término no se refiere a un patrón o conjunto de conductas delimitadas sino a comportamientos ocasionales, considerando el acto violento como un problema de conducta donde se debe tener en cuenta la relación entre la conducta anterior y la actual.

Por otro lado, en el transcurso del presente artículo se tendrá muy en cuenta el término factor de riesgo, el cual según Guerrero, González y Medina (1986) citados por Cuevas (1995) hace referencia a ciertas características o condiciones detectables ya sea en un grupo o individuo asociadas con una alta probabilidad de experimentar un resultado no deseable.

Así mismo, es importante considerar que los factores de riesgo de acuerdo con la postura de Cuevas (1995), pueden ser causales o simplemente puede tratarse

de ciertos indicadores observables o verificables que pueden presentarse antes de que el hecho o la situación tenga lugar.

Con base en los anteriores planteamientos, este artículo pretende hacer una revisión teórica acerca de los factores biopsicosociales que pueden estar implicados en la aparición de la conducta antisocial de los adolescentes y de esta forma reconocer la importancia de la prevención como alternativa de solución.

En el presente artículo se tienen en cuenta diferentes factores de riesgo que involucran características individuales, ambientales, escolares y familiares. Cada una de estas categorías tiene ciertas subcategorías las cuales están en mora de nombrar. El factor individual involucra variables como la inestabilidad emocional, y el temperamento difícil. Por su parte, el factor ambiental involucra subcategorías como exposición a la violencia, y disponibilidad de elementos violentos en el medio. Así mismo, el factor escolar incluye subcategorías como bajo rendimiento académico, y relación inadecuada con pares o compañeros de colegio,. Finalmente, el factor de riesgo familiar tiene en cuenta el estilo de crianza, estructura familiar y relaciones entre padres e hijos.

Por último, se consideró relevante hacer una pequeña revisión acerca de la prevención de estos factores, con el fin de examinar este concepto como estrategia viable para una posible reducción de incidencia y prevalencia del comportamiento antisocial en adolescentes.

### Factores de Riesgo

Antes de empezar a describir los factores de riesgo involucrados en la conducta antisocial de los adolescentes, es importante tener en cuenta que la revisión teórica que se realizó abarca literatura que incluye investigaciones científicas no solo realizadas en Colombia sino en Latinoamérica, las cuales se encuentran

respaldadas desde una perspectiva cognoscitivo conductual. Esto último indica que el presente artículo teórico está elaborado bajo dicho enfoque.

Así mismo, también es pertinente aclarar que los factores de riesgo a mencionar hacen parte de los indicadores o de las señales que aparecen ligadas a la aparición o desarrollo de la conducta antisocial y en ningún momento son causales ni condiciones necesarias para que la conducta se presente.

El primer factor de riesgo asociado al comportamiento antisocial en adolescentes es la inestabilidad emocional. De acuerdo con Katz y Gottman (1991), citados en Stoff y cols. (2002), este término hace referencia a la poca capacidad que tienen los adolescentes de inhibir el comportamiento inapropiado, lo cual está relacionado con ciertos sentimientos negativos positivos o intensos, que intervienen en la conducta desadaptativa. Con respecto a este término, se ha encontrado evidencia empírica que lo considera como un factor de riesgo para la conducta antisocial. (Verona, Patrick y Lang, 2002).

Esto último se afirma, debido a que de acuerdo con una investigación realizada por Escrivá, García y Navarro (2004), en la cual el objetivo fue analizar variables de personalidad y familiares relacionadas con el comportamiento prosocial y agresivo en adolescentes, se encontró que los procesos emocionales alcanzan una mayor correlación con el comportamiento agresivo y que son considerados como factores de riesgo importantes para presentar conductas antisociales. De esta forma, resultados de la anterior investigación afirman que la ira tiene un peso fuerte en la capacidad para discriminar entre alta y baja agresividad, y la tendencia a exteriorizarla es un factor importante que puede conducir a desarrollar conductas antisociales.

De igual manera y de acuerdo con la postura de Escrivá y cols. (2004) en este aspecto también es importante tener en cuenta el autocontrol como mecanismo de afrontamiento de la ira, esto debido a que según su postura esta estrategia inhibe la agresividad, mientras que la inestabilidad emocional la facilita y a su vez se convierte en un factor de riesgo de conductas antisociales. La idea anterior se complementa y a la vez coincide con la postura de Branningan, et, al (2002) citado en Tapias, Medina y Ruiz (2004), quienes afirman que el bajo autocontrol esta ligado al comportamiento antisocial y que puede considerarse como una señal importante, la cual puede verse reflejada en el poco control que ejercen los padres sobre sus hijos. (este factor se expondrá mas adelante.)

Así mismo, es importante tener en cuenta que la falta de autocontrol tiene una relación directa con la hiperactividad, la cual a su vez involucra elementos como la inatención y la impulsividad, siendo considerados estos riesgos para que los adolescentes desarrollen conductas antisociales.(Cuevas, 1995). Esta afirmación, además de coincidir con la postura de Colom (1998) citado en Tapias y cols. (2004), se puede complementar con el hecho de que este autor relaciona la búsqueda de sensaciones, e impulsividad como factores vulnerables para que la conducta antisocial tenga lugar.

La impulsividad por su parte, es considerada por Stoff y cols. (2002) como un déficit en la conducta, que se asocia con la dificultad para detener un comportamiento y para manifestar las emociones de la manera en que una sociedad especifica las acepta. De esta forma, este concepto se considerado por varios autores como un factor de riesgo de la conducta antisocial. En este sentido, en una investigación realizada por Apter, et al (1993), citado en Stoff et al (2002), se concluyó que la ira y la impulsividad tenían una alta correlación con las conductas



violentas y antisociales que presentaban los adolescentes en su diario vivir. Así mismo, en otros estudios realizados por Satterfield (1987), citado en Lykken (2000), se realizó un seguimiento de un grupo de niños diagnosticados como hiperactivos entre los 6 y los 12 años y otro grupo de control conformado con niños entre los parámetros normales. Cuando tenían 18 años, etapa plena de adolescencia, se concluyó que el 47 por ciento de los niños hiperactivos fueron detenidos por uno o más delitos graves en comparación con el 7% del grupo de control. De esta forma, el 27% había ingresado a un centro penitenciario, frente al 1% de los del otro grupo.

Por su parte, Vitacco y Rogers (2001) citado en Tapias y cols. (2004), y Pope (1999) complementan la idea anterior y en sus estudios, muestran el rol de la impulsividad, de la hiperactividad, y de la búsqueda de sensaciones como factores de riesgo del comportamiento violento y antisocial en adolescentes.

Con relación al comportamiento violento, Dulanto (2000) postula que la conducta agresiva en etapas tempranas de la vida se relaciona con un comportamiento agresivo después de ciertos periodos de tiempo. Este autor afirma que entre el 70 y 90 % de los agresores violentos adultos también fueron agresores durante la etapa de su infancia. De esta forma, este autor considera que los niños hiperactivos con déficit de atención tienen un mayor riesgo de presentar comportamientos antisociales en la adolescencia. A su vez, Lynam (1996) citado en Barlow y Durand (1999), y Dishion y cols. (1991), citados en Pope (1999), complementan este concepto, argumentando que de acuerdo a varios estudios de seguimiento a largo plazo, se ha concluido que el déficit de atención con hiperactividad y la impulsividad aumentan la probabilidad de desarrollar conductas delictivas en la etapa del desarrollo de la adolescencia.

Por otro lado, es importante tener en cuenta la empatía como factor de riesgo importante en relación al comportamiento antisocial en los adolescentes. (Barlow, et al 2001). De acuerdo con Escrivá y cols. (2004) y Repetto (1992), citado en Rey (2003), la empatía se refiere a una emocionalidad positiva, la cual se focaliza en los problemas que presentan las otras personas, incluyendo la preocupación por otros como componente emocional y la capacidad de ponerse en el lugar del otro como componente cognitivo. Así mismo, los componentes conductuales de la empatía, según Rey (2003), comprenden una serie de respuestas que señalan la comprensión de la emoción o sentimientos de la otra persona, y a su vez tienen una relación con la respuesta cognoscitiva que la persona manifiesta, es decir que se asocia con la forma en que la persona interpreta la realidad y la información proveniente del medio.

Por su parte, Trull y Phares (2003) complementan esta definición afirmando que la empatía supone una comprensión mutua y positiva entre dos personas. Con respecto a esto, es necesario contemplar un estudio realizado por Escrivá y cols. (2004), en el que se utilizó una muestra de 1.285 adolescentes, entre 13 y 18 años de edad, con el objetivo de analizar variables de personalidad y familiares que tuvieran relación con el comportamiento prosocial y agresivo de los adolescentes. Como resultado se encontró que la empatía aparece como el principal factor de riesgo del comportamiento prosocial. De esta forma, se confirmó que los adolescentes que practican y viven en contacto con el afecto, son capaces de desarrollar su capacidad de compartirlo y por consiguiente aprenden a ser más sensibles ante la necesidad de otra persona, mientras que aquellos adolescentes que conviven en ambientes conflictivos de rechazo y hostilidad les cuesta más identificar el estado y necesidad que la otra persona manifiesta, aumentando la posibilidad de desarrollar comportamientos antisociales en la adolescencia.

Así mismo otros estudios respaldan esta postura. Como ejemplo de esto es necesario tener en cuenta a Ascione (1993), citado en Rey (2003) quien realizó un estudio concluyendo que la baja capacidad empática es un factor de riesgo clave que se relaciona con la principal explicación de la crueldad a los animales, evidenciada esta, en muchos de los comportamientos antisociales que manifiestan los adolescentes.

De igual manera, un estudio realizado por Blair (1995) citado en Tapias y cols. (2004), en el que se investigó la relación entre la conducta antisocial y la presencia de empatía, se concluyó que las respuestas empáticas reducidas a las expresiones de miedo y tristeza están implicadas en el desarrollo de ciertas conductas que pueden ser consideradas como antisociales.

En este sentido, y una vez comprendido el papel que cumple la empatía en el desarrollo de la conducta antisocial en adolescentes, es necesario preguntarse acerca del papel parental en este concepto. ¿Será importante el rol que cumplen las figuras paternas como modelo de aprendizaje de la capacidad empática? Con relación a esto hay resaltar que Loeber y Hay (1997) citados en Rey (2001) tienen en cuenta el papel de la empatía como factor de riesgo del comportamiento antisocial en adolescentes y afirman que esta es una habilidad interpersonal cuyo aprendizaje depende no solo de las interacciones sociales que la persona tenga con el medio, sino a la vez con el hogar, ya que los padres, sus patrones de crianza y su comportamiento conyugal pueden estar implicados como factores de riesgo para que esta conducta se desarrolle a futuro.

En relación a este tema, y de acuerdo con Patterson, (1982) citado en Pope (1999) existen otros estudios que sugieren que la empatía y los comportamientos agresivos siempre son aprendidos en diferentes contextos como en la interacción con

la familia, y que de esta forma estos comportamientos son reforzados y modelados, por este motivo se hace crucial el papel que cumplen los padres en la capacidad empática y en los comportamientos desviados que presenten los adolescentes. Con el objetivo de cerrar el factor relacionado con la inestabilidad emocional, se consideró importante concluir con la afirmación realizada por Maestre y cols.(2002) citados en Escrivá y cols. (2004), los cuales afirman que los factores de riesgo del comportamiento antisocial en adolescentes, se relacionan con que los sujetos mas inestables emocionalmente y con menos recursos para detener la impulsividad, son los que se encuentran en mayor riesgo de presentar conductas agresivas y antisociales y que los adolescentes mas empáticos y con una emocionalidad mas conservada son mas prosociales y en su vida diaria carecen de este tipo de conductas.

Por otro lado, otro factor que se quiso considerar en el presente artículo como factor de riesgo es el temperamento. Dentro de esta categoría se ha sugerido la existencia de una predisposición genética, sin embargo, se debe tener en cuenta que en la revisión teórica realizada no se encontró un soporte experimental lo suficientemente fuerte. En relación a esto, existen algunas investigaciones de peso que dieron lugar a que este se considerara parte en el presente artículo. Con relación a lo anterior, Jary y Stewart (1995), Twito (1995), Mc Mahon y Forehand (1988) y Eysenck y Gudjonsson (1989), citados en Cuevas (1995), reportan que los principales estudios se han realizado con gemelos y niños adoptados, obteniendo como resultado una influencia que tiene un poder explicativo sobre el desarrollo de la conducta antisocial, lo cual permite que este pueda ser considerado como un factor importante relacionado con el comportamiento agresivo y antisocial.

En este sentido Rowe et al (1992) citados en Rice y cols. (2000) afirman que existen ciertas evidencias que muestran que la tendencia a la delincuencia en

ocasiones puede ser heredada, aunque las influencias familiares que se comparte incluyen factores genéticos como ambientales. De esta forma, este autor propone que determinadas características de la personalidad tales como el temperamento se pueden convertir en un factor de riesgo importante ya que están influidas genéticamente y por este motivo un niño o adolescente puede tener una predisposición a comportarse mal, la cual debe ser manejada por los padres quienes a su vez deben tener en cuenta el vínculo que se establece entre estos y sus hijos.

Por otro lado, Mc Mahon Y Forehand (1998) citados en Cuevas (1995) incluyen al temperamento dentro de los factores de riesgo a nivel biológico afirmando que niños con temperamento difícil exhiben ante el medio respuestas de mayor intensidad, considerando estas como negativas y variables. De esta forma, estos niños tienen dificultades a lo largo de su vida para adaptarse a la variación de rutinas y estos comportamientos pueden predisponer al niño al desarrollo posterior de conductas antisociales o problema, mas aún, si esto se desarrolla en un contexto inadecuado de relación o vínculo desadaptativo entre padres e hijos. Así mismo, alrededor de este tema, existen otras investigaciones como las realizadas por Patterson (1986) citado en Jensen (2001) quien encontró en sus investigaciones longitudinales que los comportamientos antisociales comienzan en la infancia debido a un temperamento agresivo que generalmente es difícil de manejar por los padres.

A su vez, existen otras fuentes como la de Tapias y cols. (2004) quienes afirman la evidencia existente entre una falla en el aprendizaje de las experiencias y una marcada ausencia de ansiedad predeterminada en los sujetos que desarrollan comportamientos antisociales. Esto anterior tiene relación con que las conductas de los adolescentes pueden ser castigadas y los adolescentes pueden repetirlas sin mostrar signos de angustia o ansiedad, situación que los convierte en personas más

vulnerables a desarrollar conductas antisociales. De igual manera es importante tener en cuenta que de acuerdo con Tapias y cols. (2004), el rasgo genético es evidente en la infancia y se mantiene a lo largo del tiempo, debido a esto, los niños con bajo miedo presentan mas comportamientos delictivos a comparación con los que no presentan este rasgo, y en la adolescencia estos tienen mas probabilidad de convertirse en delincuentes.

Finalmente, es importante culminar el factor temperamento y a la vez el factor categorizado en este artículo como “individual”, con estudios realizados por O'Connor y cols. (1998) citados en Jensen (2001) quien llevó a cabo estudios en los que se concluyó que la genética tiene una gran influencia en el comportamiento agresivo en niños y adolescentes y que un niño con temperamento difícil puede provocar constantemente reacciones negativas en otras personas, quienes de igual forma pueden generar comportamientos hostiles y agresivos, situación que mantendría la problemática de la agresión y de los comportamientos delictivos.

Una vez abordado el Factor de Riesgo Individual, se explicará con la categoría del nivel ambiental. Primero, se expondrá la exposición a la violencia como factor de riesgo importante en el desarrollo de conductas antisociales y luego la disponibilidad de elementos violentos en el medio.

Se afirma que este primer factor es importante debido a la documentación empírica que se encontró a lo largo de la investigación. De acuerdo con Dulanto (2000), algunos investigadores han reconocido que el presenciar actos de violencia en la infancia o adolescencia es uno de los factores de riesgo relevantes en la manifestación de conductas antisociales. Así mismo, afirma que algunos de los adolescentes por medio de un proceso de aprendizaje no solo interiorizan los modelos de conducta familiar sino a la vez los de la violencia, desarrollándolos

tiempo después. (Stoff, 2002). De esta forma, se han encontrado diferentes estudios que evidencian que la violencia expuesta en televisión o medios de comunicación tiene una influencia en las conductas antisociales de los adolescentes.(Cuevas, 1995), (Rosenbaum y O Learly, 1981, citados en Stoff , 2002).

Esto último tiene aun más soporte teórico, Heath et al (1994), Sege y Dietz (1994) y Newson (1994) citados en Dulanto (2000) encontraron que el hecho de estar varias horas frente al televisor observando programas con un alto contenido de violencia se correlacionaba con conductas antisociales en la adolescencia. Por su parte, Cuevas (1995) complementa el enunciado anterior y afirma que el niño expuesto a la violencia durante su infancia, en calidad de observador o víctima tiene una mayor probabilidad de desarrollar conductas antisociales y que las formas de violencia modeladas por padres, o elementos de comunicación, pueden convertirse en factores de riesgo para adoptar comportamientos desviados en la adolescencia.

En relación a lo anterior, es importante tener en cuenta un estudio longitudinal realizado por Huesmman (1986) citado en Stoff (2002), en el cual se descubrió que los hábitos de ver televisión en la niñez fueron predictores de comportamiento antisocial en la adolescencia, de esta forma, la combinación de exposición continua y la identificación con personajes de los programas con alto contenido de violencia fueron considerados como factores de riesgo importantes para adoptar conductas antisociales. Con el objetivo de complementar lo anterior, es importante tener en cuenta que Bandura (1989) citado en Shaffer (2002), plantea que de acuerdo a varios estudios realizados, se pudo concluir que las respuestas agresivas y los comportamientos violentos se pueden adquirir por medio de la observación, siendo este un proceso cognoscitivo por medio del cual los niños se fijan en las

respuestas agresivas que pueden percibir o ver en los demás, y tiempo después las reproducen frente a una situación sin necesidad de considerarla amenazante.

Así mismo, es de importante tener en cuenta que el aprendizaje no solo puede ser aprendido por este mecanismo. Bandura (1989) citado en Shaffer (2002) argumenta que además del aprendizaje de la agresión por la observación, existen otros mecanismos como la experiencia directa, en la cual el niño en su proceso de interacción puede adquirir refuerzos de su conducta y presentar estos comportamientos en diferentes situaciones a futuro.

Con el objetivo de soportar lo anterior, Snyder, (1991) citado en Rice, et al (2000) realizó un estudio en el que se concluye que los jóvenes que se comportan de forma violenta prestan mas atención a las claves violentas para después reproducirlas, es decir que imitan todo lo que observan y oyen en el medio, y de esta forma aprenden conductas desadaptativas. Con relación a este tema, Berenguer (1992) citado en Cuevas (1995), ha encontrado que la agresión intramarital se asocia significativamente con agresión hacia los hijos, y ha planteado una relación directa entre el hecho de estar presente en una agresión y desarrollar conductas delictivas o antisociales.

Así mismo, la literatura revisada indica que otra clase de exposición a la violencia está relacionada con el ambiente escolar en el que viven los niños y los adolescentes. Lo anterior hace referencia a lo que Mem, (1989) citado en Cuevas (1995) llama “violencia estructural o institucional”. Este autor afirma que la violencia que se desarrolla en el ambiente escolar no solo por los estudiantes sino a la vez por los docentes administrativos contribuye para desarrollar actos violentos. Esta interacción inadecuada se convierte en un factor de riesgo para que los adolescentes manifiesten conductas que son consideradas como antisociales.



Finalmente, existen otros estudios que asocian la exposición a la violencia y la información social con los procesos cognoscitivos. (Shanhinfar, Kupersmidt y Maiza, 2001). De acuerdo a esto, otros autores como Kenneth y Dodge (1986) citados en Shaffer (2002) sostienen esto y además agregan que la forma de reaccionar de un adolescente se basa en las interpretaciones que el sujeto realice de la realidad. Con relación a esto, estudios realizados por Weiss y cols. (1992) citados en Shahinfar y cols. (2001) complementan este aspecto y sugieren que esta exposición a la violencia y la información social recibida del medio, en especial por los padres, es un factor importante que debe ser considerado como de alto riesgo para que los niños y adolescentes manifiesten conductas agresivas.

Una vez elaborado la revisión teórica acerca de la exposición a la violencia como un importante factor de riesgo en el desarrollo de la conducta antisocial, es relevante dar continuación al factor catalogado como “disponibilidad de elementos violentos”, perteneciente también al factor ambiental y el cual tiene una estrecha relación con la exposición a la violencia.

Con respecto a este factor, Dulanto (2000) afirma que existen evidencias convincentes de que la disponibilidad de las armas aumenta la letalidad y el comportamiento antisocial. Así mismo, afirma que de acuerdo a estudios realizados, se demostró un alto riesgo de homicidio cuando los adolescentes tenían armas guardadas. La disponibilidad de armas de fuego causó 7 veces más el número de homicidios. Otra investigación respalda la afirmación anterior; de acuerdo con Feshbach (1956) y Watson y Pen (1992) citados en Shaffer (2002), las pistolas, y otros elementos considerados como violentos que reciben los niños en su infancia y adolescencia conducen a la adopción de comportamientos agresivos y de esta forma promueven esta conducta.

Por otro lado Ketterlinus y cols (1992) citados en Rice y cols (2000) afirma la existencia de información válida acerca de la influencia de la disponibilidad en el medio como factor de riesgo en las conductas problemáticas en adolescentes. En estudios realizados, se concluyó que el bienestar, los valores culturales y los estilos de vida conducen a patrones de conductas antisociales. Por este motivo, la fácil accesibilidad a elementos violentos, como autos, bebidas alcohólicas y dinero son un factor que permite la aparición de comportamientos problemáticos.

Con este último estudio, se concluye el factor ambiental, y esto permite continuar con los factores escolares, los cuales se asocian con la relación inadecuada con los pares y con el bajo rendimiento académico. Con relación a este tema, existe evidencia que lo postula como un factor de riesgo considerable para desarrollar comportamientos antisociales en los adolescentes. De acuerdo con Cairns et al (1988), Coie y Dodge (1998) y Dishion et al (1991) citados en Lylken y Fener (2000), los jóvenes con conductas antisociales experimentan rechazo de sus compañeros y por este motivo tienen una mayor cohesión con niños que manifiestan los mismos comportamientos. De acuerdo a este estudio, se encontró que los adolescentes entre los 11 y 14 años, se asociaban más con compañeros hostiles y antisociales y de esta forma se agrupaban conformando pandillas que podían perdurar por años.(Hirshi 1969, citado por Stoff 2002).

Así mismo, estas conformaciones de pandillas pueden promover actividades disfuncionales, actos delictivos que son reforzados por los mismos jóvenes pertenecientes a éstas.(Gómez et al 2002). De esta forma, el anterior estudio se complementa y a la vez coincide con la postura de Kazdin (1990) citado en Rice et al (2000), quien postula que aparte de que los jóvenes se convierten en delincuentes por

socializar de esta forma, pueden adoptar conductas delictivas cuando estos tienen un alto nivel de orientación hacia los compañeros .(Stoff, 2002).

Por otro lado, hay que tener en cuenta que cuando se habla de la relación inadecuada con pares, también es pertinente que se exponga sobre las influencias negativas que conducen a que el adolescente manifieste conductas desadaptativas. En relación a esto, existen estudios como los realizados por Berndt (1996) citado en Jensen (2001), que concluyen que los pares juegan un rol claro en las conductas que presentan los adolescentes, afirmando que el hecho de que el adolescente sostenga amistades un tanto negativas aumenta el riesgo de que este adopte conductas delictivas.

De igual manera, Arbuthnot et al (1987) y Quay (1987) citados en Jensen (2001) complementan lo anterior y de acuerdo a investigaciones afirman que los adolescentes rara vez cometen actos delictivos sin compañía, por el contrario, necesitan de un grupo de pares para realizar actos vandálicos de importancia.

Así mismo, es un hecho evidente que aparte de las variables que se citaron anteriormente, los compañeros de clase juegan un papel fundamental como factor de riesgo. De acuerdo con Berryman y Hargreaves (1995), los compañeros se convierten en un patrón a seguir y a imitar y son percibidos como un modelo de normas, valores y actitudes con respecto al estudio y a los comportamientos, es por esta razón que la influencia de pares negativos puede considerarse como un factor clave que puede desencadenar conductas antisociales. En este sentido, Sutherland (1978) citado en Stoff (2002) afirma que la relación con pares inadecuados es un factor a considerar ya que los comportamientos delictivos se aprenden por la interacción y comunicación con otros compañeros o pares. De esta forma, Solomon Y Kendan (1979) citados por Jensen (2001), reportan que la influencia de pares es fundamental para adoptar

conductas desviadas y asociadas con el rendimiento académico, ya que los pares son una fuente de refuerzo que mantienen la problemática. (Pope, 1999)

En relación a lo anterior, es importante tener en cuenta que existe un factor de riesgo que al parecer tiene una relación directa con el comportamiento antisocial en adolescentes: el rechazo infantil. Este es considerado como un factor de riesgo, implicado en estas conductas desadaptativas (Stoff, 2002). Según este autor, el adolescente violento es una persona que fue desplazada por sus pares desde la niñez y aprenden no solo a relacionarse con pares similares sino a la vez a adquirir distorsiones en el procesamiento de la información, las cuales predisponen al adolescente a tener problemas en los intercambios sociales. Con respecto a esto, en un estudio longitudinal realizado por Pope (1999), se encontró que el rechazo infantil y la afectividad negativa juegan un rol importante en el desarrollo de la agresión y las conductas antisociales.

De esta forma, el tema de la afectividad negativa, ha sido considerado por diferentes autores, entre estos se encuentran Rothbart y cols. (1995) citado en Stoff (2002), quienes afirman que la regulación emocional, incluyendo la afectividad negativa es un factor de riesgo a tener en cuenta para el comportamiento antisocial en adolescentes. Cichetti y Coth (1995), citados en Stoff (2002), respaldan esto y atañen una relación entre esta afectividad y la cognición social, dando por sentado que la dificultad y el conflicto entre pares esta basada en los esquemas de reacción emocional y en la forma de contemplar el mundo.

Con el objetivo de finalizar con el factor de relaciones inadecuadas con los pares, cabe anotar que, Calkins (1994), Garber y Dodge (1991) citados en Pope (1999) complementan lo anterior y afirman que algunos modelos sugieren que el patrón del comportamiento problemático caracterizado por agresividad, inatención,

afectividad negativa, es explicado por ciertas deficiencias en el desarrollo de la capacidad para regular el afecto negativo en situaciones en las que se tenga que interactuar con los pares. Es por esta razón que en muchas ocasiones se presentan relaciones conflictivas con compañeros y amigos, las cuales se convierten en factores de riesgo para adoptar conductas desadaptativas en la adolescencia.

Otro factor de Riesgo que se ha considerado pertinente nombrar, es el bajo rendimiento académico.(Grande, 1988, citado en Rice y cols 2000).

De acuerdo con Farrington (1978), Hirshi 1977), citados en Kazdin (1990) los adolescentes con comportamientos antisociales han sufrido y sufren aun ciertas deficiencias académicas y escolares. Así mismo, se demostró que las puntuaciones bajas en rendimiento académico tendían a predecir las conductas delictivas y de esta forma se concluyo que el bajo rendimiento académico es considerado como un factor de riesgo de conducta antisocial. (Jensen, 2001).

De igual manera estudios realizados por Bachean y Jhonston (1978) citados en Kazdin (1990) sugieren que la relación entre bajo rendimiento académico y conducta antisocial no es unidireccional, sino que esta también tiene una relación directa con el abandono escolar y el fracaso académico, situaciones que por si mismas pueden influenciar este comportamiento. De esta forma, los niveles de conducta evaluados en adolescentes están inversamente relacionados con el grado de logros obtenidos durante los años propios a su edad. Es decir que a menores logros obtenidos con relación al grado del colegio o con la aceptación de ingreso a la universidad, mayores comportamientos antisociales manifiestan. Con relación a esto, cabe anotar que de acuerdo con Berryman y Hargreaves (1995), el colegio representa para los adolescentes un importante papel en el desarrollo personal debido a que no solo les ayuda adquirir conocimientos, sino que a la vez les proporciona un

sentimiento de orgullo y refuerzo por los logros obtenidos. De esta forma, los adolescentes que asisten y obtienen logros en sus estudios, fortalecen su capacidad de solucionar problemas y formular metas a largo plazo, rasgos que no presentan y no desarrollan los adolescentes que desarrollan comportamientos antisociales.

Por otro lado, Moffit (1993), Wilson y Herrnstein (1985), citados en Jensen (2001) afirman de la misma forma, que los adolescentes con comportamientos antisociales tienen un bajo rendimiento académico y que esto se convierte en un factor de alto riesgo debido no solo al abandono escolar sino al tiempo libre que tienen, el cual es utilizado en muchas ocasiones en consumo de drogas, y en la realización de actos delictivos o antisociales. (Boyle, 1992, citados en Jensen 2001). Con relación a la afirmación anterior, cabe anotar, que según Dunham y Alpert (1987) citados Rice, et al (2000), quienes realizaron investigaciones en las que analizaban la conducta de abandono escolar en 137 delincuentes juveniles, encontraron que existían 14 factores que estaban asociados a la conducta antisocial en adolescentes y que ofrecían un alto nivel de predicción de abandono escolar, entre estas se encontraban la poca aceptación del colegio, la mala conducta en este, la influencia negativa de los pares, la falta de éxito escolar, la incapacidad para adaptarse al colegio, y la mala conducta con docentes y administrativos.

Para terminar la categoría “escolar” es importante tener en cuenta que el contexto escolar es uno de los agentes socializadores de los adolescentes y niños, por este motivo se consideró conveniente tener en cuenta algunos elementos que se encuentran involucrados en él y que son percibidos por algunos autores como factores de riesgo del comportamiento antisocial en adolescentes. De acuerdo con Wads Worth (197) citado en Cuevas (1995), existe una estrecha relación entre el ambiente físico empobrecido y los altos niveles de delincuencia. Esto a su vez tiene

relación con el aprendizaje que se realiza al interactuar con el entorno, es decir, si el ambiente y los elementos del contexto escolar son violentos y empobrecidos, la probabilidad de presentar rasgos antisociales será mayor (Stoff, 2002).

En este sentido, el análisis de diferentes tipos de estructuras pedagógicas y su relación con el desarrollo del comportamiento prosocial evidencia que los colegios en donde se estimule la cooperación y se fortalezca las habilidades sociales de los adolescentes tienen menor riesgo de contar con alumnos con comportamientos antisociales. (Weikart y Schweinhart 1992, Yoshikawa, 1994, citados en Cuevas, 1995).

Una vez expuesto el factor de riesgo a nivel escolar, es pertinente continuar con el factor familiar, en el cual están inmersos los estilos de crianza de los padres y las relaciones entre padres e hijos.

Teniendo en cuenta que la familia y en especial los padres cumplen un factor importante en el desarrollo y socialización de sus hijos, se considero relevante abarcar este factor, relacionándolo con el riesgo que este supone tener en el desarrollo de conductas antisociales. Como soporte de esto, DeBaryshe y Ramsey (1989) citado en Lylken, et al (2000), afirman que el adolescente que no tuvo unas prácticas parentales adecuadas en términos de herramientas de interacción, sufre la tendencia a ser rechazado por sus pares y fracasar en el colegio, de esta forma, es muy alto el riesgo de que el adolescente se involucre con pares desviados que refuerzan sus conducta antisociales y rechazan y castigan los actos prosociales

Con relación a lo anterior, cabe anotar que Dishion, (1990), Dodge et al, (1994) y Olweus, (1980) citados en Shaffer (2002) realizaron algunos estudios en los que se halló que los padres y madres fríos y distantes que aplican una disciplina fuerte, basada en ejercer poder sobre sus hijos, y permiten que estos manifiesten

conductas agresivas e impulsivas, tienden a criar hijos hostiles y agresivos que en su adolescencia manifestaran comportamientos poco prosociales. Esto se debe a que las figuras paternas frustran las necesidades emocionales de sus hijos y modelan una falta de preocupación por los demás carente de empatía y de solución de problemas por métodos sanos.

En muchas ocasiones la disciplina fuerte no se manifiesta por si sola, el castigo es otro factor que se ha considerado del alto riesgo para la adopción de conductas antisociales. Patterson, (1982) y Dishion (1986) citados en Cuevas (1995) indican que las prácticas parentales a través del castigo físico, las amenazas y las ordenes sin brindar explicaciones, están relacionadas con las interacciones agresivas con pares y comportamiento disruptivo por los niños y adolescentes. Así mismo, es importante tener en cuenta que si esto es un factor de riesgo, la consistencia interparental, el adecuado manejo de normas, de incentivos y castigos, se relacionan con la efectividad en las pautas de crianza y de comportamiento prosocial en adolescentes. En este sentido, una adecuada interacción entre padres e hijos proporciona una alta sensibilidad para facilitar el desarrollo emocional, cognoscitivo y social del adolescente. (Patterson, 1986, citado en Cuevas, 1995).

El ambiente familiar también se ha considerado como un factor de riesgo en la conducta antisocial (Kazdin, 1999). De acuerdo con Bishof y Stiph (1995) citados en Rice y cols. (2001), los hogares conflictivos, el déficit en la cohesión familiar y el castigo físico y psicológico, convierten al adolescente mas vulnerable para adquirir conductas delictivas o antisociales. De esta forma, el apoyo y la guía paterna, junto con los patrones de conducta de los padres, contribuyen positivamente a la prevención de la delincuencia adolescente, ya que los hijos modelan su conducta



conforme a la de los padres. (DeBarshe, Patterson y Capaldi, 1993, citado en Rice, et al 2001, Behart y Stewart 1982, citados en Kazdin 1999, Díaz 2001).

Con el objetivo de respaldar lo anterior, es importante citar un estudio realizado por Su y Gerstein (1997) citado en Rey (2001) que sugiere que la falta de apoyo paterno era uno de los factores que mas favorecía el comportamiento desviado de 765 niños entre diez y catorce años a los que se entrevistaron cada año por un lapso de tiempo de tres años. De esta forma, Hanson et al, (1984) citados en Dulanto (2000) respaldan lo anterior y aportan que las madres que demuestran poco afecto y apoyo emocional a sus hijos adolescentes están fortaleciendo un factor de riesgo importante en el desarrollo de conductas problemáticas. Esto puede explicarse debido a que los resultados han sugerido que existe un déficit en la comunicación y en las relaciones entre padres e hijos, situación que no permite desarrollar habilidades sociales ni de solución de problemas. Con respecto a este factor, es importante tener en cuenta que si las necesidades emocionales y sociales de los adolescentes no se satisfacen mediante las relaciones interpersonales con la familia, siendo estas basadas en comprensión y en reglas claras, estas se inclinarán hacia sus pares antisociales con el fin de suplir tales vacíos. (Rice et al, 2002)

Con respecto al maltrato como factor de riesgo para desarrollar conductas antisociales en la adolescencia, se han encontrado investigaciones que lo postulan como fuente de riesgo para la problemática que esta haciendo abordada en el presente artículo (Widom 1989, citado en Stoff et al 2002, Díaz 2001, Jaffe, Caspi, Taylor 2004)

Jaffee y cols. (2004), realizaron un estudio en el cual el objetivo era identificar la influencia del maltrato como factor de riesgo de la conducta antisocial en adolescentes. Para este estudio se utilizaron como muestra 1.116 gemelos y sus

respectivas familias, los cuales fueron evaluados en el momento en que los niños tenían 5 y 7 años de edad, reportando que habían existido maltrato físico durante la crianza. Tiempo después, las madres y los profesores reportaron que los niños habían desarrollado comportamientos antisociales y violentos durante la adolescencia.

Aparte del anterior estudio, existen más evidencias que complementan las afirmaciones anteriores, Dodge (1993) citado en Rey (2001) puso de manifiesto que los padres pueden desfavorecer la adquisición de capacidades como la resolución de problemas, la empatía y diferentes habilidades que promueven el desarrollo prosocial. De esta forma, el autor propone que los padres a través del castigo físico pueden no solo enseñar a los hijos que el uso de la agresividad es una herramienta importante para solucionar conflictos interpersonales sino que el mundo en general es hostil y amenazante y de esta forma, crear un estado de hipervigilancia en el que se este alerta al comportamiento de los demás por la creencia errónea de que existe una alta probabilidad de recibir agresiones del medio.

En este sentido, el maltrato de los adolescentes también puede generar daños a nivel psicológico, tales como baja autoestima, ansiedad, déficit en relaciones interpersonales y escasa capacidad empática, los cuales se encuentran correlacionados con los comportamientos delictivos.(Eckenrodem Powers y Garbarino 1997, citado en Rey 2001)

Por su parte, Carlo, Raffaelli et al, (1999) citado en Escrivá et al (2004) complementan los estudios anteriores, sugiriendo que la evaluación positiva de los hijos, el apoyo emocional, el interés por estos, junto con una aplicación sana de las normas y reglas, es el estilo que resulta ser mas apropiado para transmitir principios de igualdad orientado a las necesidades del otro, fortaleciendo a su vez la relaciones interpersonales.

De esta forma apoya las anteriores investigaciones, afirmando que las relaciones cargadas de hostilidad, restricciones, críticas constantes, rechazo, y autoridad, son las más propicias para que los adolescentes se comporten de forma antisocial. (Patterson, 1986, citado en Lylken et al 2000, Baumrind, 1991, citado en Jensen 2001, Díaz, 2001).

Así mismo, hay que tener en cuenta que ningún extremo parece ser adecuado. La investigación realizada por Escrivá, et al (2004), postula en sus resultados que las relaciones caracterizadas por un dejar hacer extremo, sin una supervisión adecuada, en las que prevalece la total libertad y falta de normas y límites, son propicias para inhibir la conducta prosocial y fomentar la antisocial. (Jacobson y Crochet 2000 citado en Jensen 2001, Dulanto 2000, Ferrington 1992 citado en Dulanto 2000, Glueck 1950 citado en Kazdin 1990, Dishion et al citado en Stoff 2002)

En relación a esto, Sheldon y Eleanor (1950) citados en Lylken y Ferrer (2000), realizaron un estudio con mil jóvenes delincuentes y no delincuentes y llegaron a la conclusión de que la falta de supervisión de la madre es la que mas repercute en las conductas antisociales en los adolescentes. De esta forma, estos datos apoyan con solidez los encontrados por Gottfredson y Hirchi (1990) citados en Lylken y Ferrer (2000), y los encontrados por Díaz (2001), los cuales afirman que la supervisión parental inadecuada es lo que conduce a la delincuencia juvenil y se incrementa cuando el padre no esta presente en el hogar. (Lylken et al 2000, Wilson 1980, citado en Kazdin 1990, Stoff (2002). Lo anterior tiene un soporte teórico bastante marcado; el estudio de Cambridge de Delincuentes Juveniles, mostró que los principales factores de riesgo para el comportamiento antisocial en adolescentes era la delincuencia familiar y la ineptitud parental, tendencia que coincide con la postura de Yoshikawa (1994) citado en Papalia y cols. (2001)

En este sentido, existen algunas investigaciones que confirman las tendencias anteriores y que a la vez proponen la estructura familiar como un posible factor de riesgo. (Mc Cord y cols., citados en Kazdin 1990). Por su parte, Benson y Roehlepartin (1993) citados en Lylken y Ferrer (2000), reportan un estudio significativo en el cual se tuvieron en cuenta a 46.000 adolescentes entre 12 y 18 años. Alrededor de 8.200 venían de familias monoparentales, la mayoría con problemáticas de divorcios, abandono y encabezadas por madres solteras. El estudio descubrió que los adolescentes entre 12 y 14 años tenían muchas mas probabilidades de presentar actos antisociales y habían desencadenado conductas delictivas y vandálicas a comparación de los niños que venían de familias biparentales. (Murray y Herrnstein 1994 citados en Lylken y Ferrer 2000).

Es importante tener en cuenta que el factor familiar abarca también otros aspectos que a su vez son relevantes y que se interrelacionan con los anteriores; Hetherington y Cox (1999) citados en Kazdin (1990), respaldan el concepto de Estructura familiar como factor de riesgo y a la vez plantean que aparte de esto, lo que se encuentra asociado a la conducta delictiva en adolescentes es la discordia. Al parecer, los anteriores planteamientos se encuentran relacionados con el vínculo que existe entre padres e hijos. Con respecto a esto, Sobral, Romero, et al, (2000), citados en Escrivá, et al (2004), afirman que de acuerdo a estudios realizados, el bajo apoyo familiar y el escaso apego a las figuras paternas pueden ser considerados como factores de riesgo, mas aún cuando se combinan con altos niveles de impulsividad en los adolescentes, es decir, que el vinculo pobre entre adolescentes y padres genera conductas antisociales que se fortalecen cuando el sujeto manifiesta signos impulsivos.

Reviste entonces de gran importancia la relación existente entre padres e hijos como promotor de la conducta prosocial y de la crianza básica incluso en la adolescencia, donde el déficit de control de la conducta del hijo, la disciplina rígida, la falta de afecto y el maltrato, conlleva a no reconocer ni castigar la conducta antisocial, sin moldear y reforzar constantemente la conducta prosocial. (Lylken y Ferrer 2002)

Finalizando así los factores de riesgo implicados en la conducta antisocial en los adolescentes y teniendo en cuenta la problemática presentada en América Latina y en especial en Colombia, se consideró necesario hacer una corta revisión sobre las acciones de tipo preventivo que dirigen sus planteamientos hacia las áreas de interés plasmadas en el presente artículo.

Teniendo en cuenta que en la presente revisión se abordaron factores de riesgo mas no problemáticas ya desarrolladas, se considera importante que la prevención vaya enfocada a reducir la incidencia de la conducta antisocial, es decir a la ejecución de acciones y programas que disminuyan la probabilidad de que los adolescentes adopten conductas antisociales. Lo anterior hace referencia a la prevención primaria o preventiva, la cual hace referencia a las medidas que son llevadas a cabo antes de que un trastorno de conducta se manifieste definitivamente. (Busla y Ríos, 1998). De esta forma, el objetivo es evitar la aparición de factores de riesgo que conduzcan a la desviación conductual en la adolescencia.

Debido a que se ha demostrado que los factores de riesgo incluyen categorías individuales, ambientales, escolares y familiares, es importante tener en cuenta que estas acciones vayan dirigidas hacia todas las áreas y contextos. De esta forma, las prácticas preventivas han sido encaminadas a fomentar el desarrollo de habilidades cognoscitivas a nivel temprano, a mejorar el ambiente escolar y a mejorar la calidad

educativa (Cuevas, 1995, Stoff 2002). Por su parte, Patterson (1982) citado en Cuevas (1995) complementa la idea anterior y sostiene que la prevención del ambiente familiar debe consistir en identificar la disfunción que esta influyendo en el desarrollo de la conducta desviada y que además se deben tener en cuenta habilidades de entrenamiento específicas de crianza y de formación de vínculos entre padres e hijos, observando también los procesos intrafamiliares que puedan estar aumentando la probabilidad de la aparición de este tipo de comportamientos. (Rice y cols 2000, Lylken y Ferrer 2000)

Finalmente, también es relevante considerar la importancia de la prevención de las características individuales que se convierten en factor de riesgo de este tipo de conductas. En relación a esto, Cuevas (1995) y Cunliffe (1992) citado en Rice y cols.(2000) sostienen que las medidas preventivas sobre este aspecto deben considerar un fortalecimiento de las habilidades cognoscitivas y sociales necesarias para la interacción adecuada y el desarrollo de la empatía. De esta forma, sostiene que es importante la presencia de entrenamiento en competencias sociales, y en solución de problemas que promuevan la conducta prosocial.

## CONCLUSIONES

A lo largo del artículo se pudo observar con bastante claridad y precisión los factores de riesgo entendidos como señales o indicadores que se encuentran asociados al comportamiento antisocial de los adolescentes. En relación con el objetivo planteado al comienzo de la revisión, la literatura consultada muestra una considerable importancia de dichos factores en el desarrollo de esta problemática.

A partir de las anteriores consideraciones, se puede concluir que el fenómeno de la conducta antisocial no puede ni debe ser visto como una problemática individual, sino que esta requiere una interpretación molar que involucre diferentes aspectos tales como el individual, ambiental, escolar y familiar. De esta forma, es de total importancia destacar que a partir de la revisión se puede concluir que los elementos mencionados en las subcategorías no se manifiestan independientemente, sino que existe una correlación permanente entre unos y otros. Esto apunta a que el comportamiento antisocial en adolescentes se encuentra ligado a la aparición de un conjunto de factores que entre sí facilitan el desarrollo de esta conducta, mas no son la causa de esta; es decir que entre más factores adquiriera un adolescente mayor será la probabilidad de adoptar el comportamiento antisocial.

En términos generales, se puede concluir que de acuerdo a la postura de los diferentes autores, todas las variables tienen un poder similar de riesgo para desarrollar el comportamiento agresivo. De esta forma, la inestabilidad emocional integrada por la ira, la empatía, y la impulsividad guardan una relación con el desarrollo de ciertas conductas que pueden ser consideradas como desadaptativas. Por su parte, el factor ambiental compuesto en este artículo por la disponibilidad a elementos violentos y la exposición a la violencia no solo trae consigo una mayor facilitación para adoptar un comportamiento antisocial sino que a su vez guarda un

estrecha relación con los factores escolares y familiares, ya que se pudo observar que el ambiente violento puede desencadenarse en el colegio o en el hogar por medio del maltrato y de las relaciones familiares caracterizadas por la hostilidad, por el refuerzo y falta de castigo de la conducta antisocial

Por tanto, la revisión teórica realizada permite concluir que la tendencia a no empatizar, la escasa capacidad para controlar las emociones, el desarrollo en un ambiente poco favorable, junto con una interacción inadecuada con pares y un vínculo desadaptativo que incluya el maltrato y un inadecuado estilo de crianza, potencializan el desarrollo del comportamiento antisocial en adolescentes.

De esta forma y con el objetivo de darle una solución viable a la problemática, se consideró pertinente plantear la opción de realizar intervenciones preventivas oportunas que involucren estrategias eficaces, esto con el fin de reducir la incidencia de esta problemática no solo en Colombia sino a la vez en América Latina. De esta manera no solo se estaría previniendo el aumento del índice de adolescentes con comportamientos inapropiados sino que a la vez se disminuiría el riesgo de desarrollar un Trastorno de la Personalidad Antisocial.

Finalmente, y de acuerdo a una postura personal, se recomienda tener en cuenta que en próximas investigaciones se tenga en cuenta que el periodo de la adolescencia viene acompañado de ciertos cambios a nivel cognoscitivo, biológico y psicosocial, que convierten al adolescente en una persona vulnerable a desarrollar ciertas conductas inapropiadas durante esta etapa. Esto último por supuesto no justificaría los comportamientos desviados pero sí afectaría por completo los resultados de las posibles investigaciones.



## Referencias

- Barlow, D. H. y Durand, D.M. (2001). *Psicología anormal un enfoque integral*. México: Thomson Learning.
- Berryman, J. y Hargreaves, D. (1995). *Psicología del desarrollo*. México: El Manual Moderno.
- Busla, G. y Fernández, L. (1998). *Psicología preventiva: avances recientes en técnicas y programas de prevención*. Pirámide.
- Cuevas, M. (1995). Prevención de la conducta antisocial. *Revista Suma Psicológica*, Vol 2, 2, 113-155.
- Díaz, J. (2001). El comportamiento criminal en Colombia. *Revista Latinoamericana de Psicología*. Vol 33, 1, 59-71.
- Dulanto, E. (2000). *El adolescente*. Asociación Mexicana de Pediatría..México: Mc Graw Hill.
- Escrivá, V, García, P, Navarro, D. (2004). Personalidad y contexto familiar como factores predictores de la disposición prosocial. *Revista Latinoamericana de Psicología*. Vol 36, 3, 445-457.
- Fondo de Las Naciones Unidas Para la Infancia. (2003) *Informe Anual de UNICEF*.
- Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. (2003) *Datos Estadísticos*. Colombia
- Jafee, S, Caspi, A, Taylor, A. (2004). Physical maltreatment victim to antisocial child: evidence of an environmentally mediated process. *Journal of Abnormal Psychology*. Vol 113, 1, 44-55.
- Jensen, J. (2001). *Adulthood: A cultural approach*. New Jersey: Prentice Hall.
- Juárez, F. (2003). Características comportamentales de la agresión y de la violencia. Implicaciones para la prevención. *Acta Colombiana de Psicología*. Vol 9, 3, 71-83.

- Kazdin, A, (1990). *Tratamiento de la conducta antisocial en la infancia y en la adolescencia*. España: Martínez Roca.
- Lylken, D y Ferrer, I. (2000). *Las Personalidades Antisociales*. Barcelona: Herder.
- Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales. Breviario. (2002).  
Barcelona: Masson.
- Papalia, D, Olds, S, Feldman, R, (2001). *Desarrollo Humano* .Colombia: Mc Graw Hill.
- Pope, A (1999). Predicting adolescents peer problems and antisocial activities: The Relative Roles of Aggression and Dysregulation. *Development Psychology*, Vol 35, 2, 335-346.
- Policía Nacional de Colombia. (2004). Estadística Delincuencial y Contravencional. *Revista Criminalidad*. Tomo 1. N 47 15-25.
- Rey, C. (2003). La medición de la empatía en preadolescentes y adolescentes varones: adaptación y validación de una escala. *Revista Latinoamericana de Psicología*. Vol35, 2, 185-194.
- Rey, C. (2001). Empatía en niños y adolescentes y el grado de rechazo, marginación afectiva y permisividad de que son objeto por parte de sus padres y madres. *Avances en Psicología Clínica Latinoamericana*. Vol 19, 25-36.
- Rice, P, Gonzáles, C, Carranza, J. (2000). *Adolescencia desarrollo relaciones y cultura*. Madrid: Prentice Hall Iberia
- Shaffer, D. (2002). *Desarrollo social y de la personalidad*. Madrid: Internacional Thomson.
- Shahinfar, A, Kupersmidt, J, Matza, L. (2001). The relation between exposure to violence and social information processing among incarcerated adolescents. *Journal of Abnormal Psychology*. Vol 110, 1, 136-141.

- Stoff, D, Breiling, J, Maser, J (2002). *La conducta antisocial, Causas, Evaluación y Tratamiento*. México: Oxford. Vol 2 y 3.
- Tapias, A, Medina, E, Ruiz, S. (2004). Factores psicológicos asociados al trastorno de la personalidad antisocial. *Cuadernos Hispanoamericanos de Psicología*. Vol 2, 2, 27-40.
- Trull, T, Phares, E, (2001). *Psicología clínica, conceptos, métodos y aspectos prácticos de la profesión*. México: Thomson.
- Verona, E, Lang, A, Patrick, C. (2002). A direct assessment of the role of state and trait negative emotion in aggressive behavior. *Journal of Abnormal Psychology*, Vol 111, 2, 249-258.